

## LOS PARTIDOS INGLESES EN LA VISPERA DE LAS ELECCIONES

Se han desarrollado en tiempos recientes las elecciones «supleatorias» en cinco circunscripciones inglesas. La primera comprobación que surge evidente del examen de los resultados es que no habrá elecciones anticipadas. Los ingleses serán llamados a las urnas dentro de algunos meses, según está establecido, y observando los términos constitucionales.

Entre los cinco puestos, los laboristas han conservado cuatro, con mayorías notablemente reducidas, y han perdido uno.

Los resultados que a la vez han sido positivos y negativos para el partido mayoritario, se han debido en gran parte a una maciza abstención que, en general, perjudica más a los laboristas que a los conservadores. Mientras la prevista desviación hacia el partido conservador (pronosticada a base de las indicaciones electorales y los sondeos de opinión) no se ha verificado de hecho en las proporciones bosquejadas. Sólo en dos puestos de Swindon (uno de los cuales fue perdido por los laboristas) y de Newcastle Under-Lyme, los conservadores han aumentado el número de los votos obtenidos, pero siempre en medida relativamente modesta. Al contrario, las abstenciones, macizas y destacadas, se han grabado de manera notable sobre el múltiple y repetido tropezar laborista. Se puede decir directamente que, más que la capacidad de recuperación del partido conservador, han influido las abstenciones sobre la pérdida del puesto de Swindon.

Los datos son positivos para el partido laborista, porque confirma que el período de mayor preocupación para el partido laborista parece haber terminado; pero al mismo tiempo son negativos, porque demuestran que, en cada caso, el partido del primer ministro no está de hecho en disposición, a algunos meses de las elecciones generales, para reaccionar ante los ataques conservadores y el gravísimo fenómeno de la abstención.

En sustancia, los resultados confirman que si mañana los conservadores, como es probable, consiguiesen arrebatarse la mayoría a los laboristas, esto ocurrirá no tanto por su mérito como por la falta de mérito de los adversarios. Esto significa que los ingleses expresarán un voto negativo de cualquier modo; optarán por los conservadores (incluso aunque éstos no gocen de su total confianza), porque están completamente disgustados de la política laborista. En cada caso, a los futuros gobernantes se les presentarán grandes problemas, sobre todo de conducta política y de confianza popular.

Si los laboristas lloran, los conservadores no ríen. También para ellos las indicaciones, al menos sobre el plano electoral, no son de ningún modo alentadoras; en cuanto al macizo aumento de votos, no se ha verificado. Incluso en algunas circunscripciones, como Islington North, de Londres, y Gorbala, de Glasgow, se ha verificado una flexión, no sólo debida al referido fenómeno de las abstenciones, sino también a la escasa confianza que la opinión pública parece sentir respecto a las propuestas conservadoras. En Glasgow, precisamente, el candidato conservador ha quedado en tercer lugar, superado incluso por el del partido nacionalista escocés.

### *Los laboristas.*

La clamorosa victoria del 1966, favorecida por la parcial del precedente sondeo electoral, fue para los laboristas una auténtica sorpresa. Los ingleses votaron por Wilson, no por razones estrictamente ideológicas, sino sobre todo por una serie de motivos contingentes; que eran mínimos si se consideraban separadamente, pero importantes en su conjunto.

Sobre todo, se grabó sobre la caída conservadora, el desgaste al cual había estado sometido el partido por una serie ininterrumpida de años en el poder. Los escándalos que asaltaron a la clase dirigente conservadora, y que influyeron en un momento dado, y de una manera bastante destacada, sobre la orientación del elector medio, contribuyeron a crear en la opinión pública la impresión de que, después de tantos años de administración, el conservadurismo se inclinaba a llegar a ser un «régimen» (imperativo). Y como los ingleses son celosos de su libertad hasta la exasperación, se apresuraron a hacer una justicia sumaria de aquello que, en medio de todo, podía también ser una suposición.

Llegados al gobierno de manera tan borrascosa, los laboristas se encontraron con que debían afrontar enormes problemas de organización. En pocas palabras, ellos no tenían una clase dirigente a nivel gubernamental; un estado mayor capaz para asumir responsabilidades efectivas. Los ministros del precedente y remoto Gabinete laborista, que podían ser utilizados para esta nueva edición, se contaban con los dedos de una mano. No se olvide que el partido laborista estaba en la oposición desde una veintena de años.

Los grandes problemas de la administración del Estado (que habían llegado a ser grandes, no tanto por las responsabilidades objetivas de los conservadores, cuanto por la diversidad del planteamiento de las soluciones, requerida por las profundas diferencias ideológicas y tácticas existentes entre el partido que entraba y el que salía) fueron, por tanto, afrontados con evidente diletantismo. Los primeros años de gobierno fueron dedicados a los «experimentos», a tomar confianza con los instrumentos del poder. Y cuando cambiando y recambiando, el Gabinete laborista comenzó a obrar de una manera homogénea y concreta, apareció claro que era demasiado tarde. La opinión pública se había dado cuenta de la tosquedad de los errores cometidos, y con la sensibilidad típica de los ingleses para los problemas políticos, había comenzado a hacer justicia por ella misma. Así comenzó la larga serie de las elecciones «supletorias», cada una de las cuales ha señalado una derrota que ha escocido a los laboristas.

En un plano estrictamente numérico, los tropezones electorales no han influido mucho sobre la estabilidad de la mayoría, que en 1966 fue lo bastante amplia para no consentir sorpresas. Pero es evidente que la serie de resultados negativos ha tenido consecuencias psicológicas desastrosas; sobre el electorado, que es bastante sensible a las mutaciones de opinión, y sobre la estructura interna del partido laborista.

El primer ministro Wilson es indudablemente un hombre capaz de enfrentarse con situaciones de este género. Pero se ha encontrado que debía combatir sobre tres fuentes: gubernamental, sindical y del partido.

En la base de todo esto, ha estado (también como consecuencia inmediata de la pérdida del favor popular) la sublevación de la izquierda laborista, decidida a llevar a efecto una política de extremismo doctrinal; ciertamente en contraste con las suposiciones previas del grupo de mayoría en el interior del sector parlamentario y del partido mismo.

La disensión ha llegado a ser rebelión y en cierto momento ha sido ne-

cesaria toda la energía del primer ministro para someter a la fracción de izquierda, que en el grupo parlamentario es bastante consistente.

Todo esto ha influido sobre la opinión pública, sobre el apretamiento del partido, y sus relaciones con los sindicatos que son la mayor y más consistente reserva de votos laboristas. Ha influido, sobre todo, en el electorado laborista, que no ha votado en sentido conservador, pero tampoco ha renovado la propia confianza al partido laborista; limitándose a quedar lejos de las urnas y provocando así aquel fenómeno del abstencionismo que obra tan negativamente sobre los destinos del laborismo.

La base electoral conservadora es, en vez de esto más estable, más dotada de un «sentido de responsabilidad ideológica». Tanto los laboristas como los conservadores pueden contar sobre plataformas electorales estables; sobre un bloque de opinión bien definido. La victoria para el uno o el otro viene del sufragio de los indecisos, de los oscilantes. Pero mientras la base conservadora es estable y homogénea, la laborista se resiente fuertemente de las influencias externas, y sufre los contragolpes de las disensiones que se desarrollan en el partido. Así consigue que, si a la desconfianza de los oscilantes se añade la abstención de la base, el desplome electoral llega a ser un hecho inevitable. Precisamente como está acaeciendo en este momento.

A estos factores básicos se agregan otros negativos; que son marginales, pero no por eso menos importantes. Por ejemplo, el fenómeno del «separatismo». O incluso del extremismo, del cual es una expresión destacada la demasiado célebre Bernadette Devlin.

Los bordes extremistas en el movimiento laborista han estado siempre representados por algunos Sindicatos, particularmente turbulentos; por los sectores (limitadísimos) propensos a aceptar la colaboración, siempre ofrecida, pero jamás aceptada, de los comunistas y de algunas fracciones locales. En total, nada de importante. Pero con el agravarse de las dificultades del partido entero, hasta los sectores extremistas han comenzado a hacerse más emprendedores. La izquierda se ha dejado sentir amenazadoramente, y Bernadette Devlin, aparte de su posición religiosa, es la típica exponente de aquellas fuerzas centrífugas que tienden a organizarse sobre una plataforma bien distinta, y en contraste con el aparato laborista.

La conclusión no es ciertamente alentadora para el partido laborista. Es verdad, repetimos, que si vencen los conservadores, esto ocurrirá exclusivamente por desmerecimiento laborista, y no por mérito de ellos. Pero en todo caso se tratará de un escaso consuelo para los derrotados.

*Los conservadores.*

En el momento del desplome de 1966 el partido conservador se encontraba en una fase de transición. A su cabeza había hombres de primerísimo orden, y fue sintomático que para sufrir el contragolpe de una rendición casi total, debiese estar precisamente uno de los más inteligentes y preparados exponentes de la escuela conservadora: Douglas Home. Pero se trataba de una escuela ahora ya superada. La nueva estrategia política demostraba claramente que la época de los grandes «leaders» había de considerarse superada. Los partidos debían ser guiados, no sólo por exponentes de relieve, sino de una clase dirigente acaso más modesta intelectualmente y en sus capacidades personales, pero más homogénea. En sustancia era necesario sustituir al «leader» por una serie de eficaces y dinámicos lugartenientes.

Sólo con extrema dificultad el partido conservador ha comenzado a adaptarse a esta nueva necesidad de la estrategia política. El actual «leader», Heath, es un hombre ciertamente menos dotado de fascinación y personalidad que sus sucesores, pero demuestra mayor dinamismo e indiscutibles capacidades organizadoras.

De cualquier modo, los problemas de los conservadores son aún muchos, y no se ha dicho que los errores de los laboristas sean como fuere suficientes para asegurarles la victoria en las próximas elecciones. Porque si los laboristas tienen una espina en el costado izquierdo, los conservadores la tienen en el costado derecho. Con la diferencia de que mientras la izquierda laborista, además de no estar en condiciones de llevar a una crisis a la mayoría, ha tenido que arriar su bandera frente a la enérgica reacción de Wilson. La derecha conservadora es activa y batalladora y puede contar sobre una vastísima área en el interior del partido. Esta es en sustancia la más peligrosa alternativa a la política centrista de Heath.

El «leader» de la derecha es Enoch Powell, alzado hasta los honores de la crónica, y convertido casi en involuntario exponente de primer plano de esta fracción gracias a las polémicas suscitadas en torno a su actitud sobre el problema racial.

Los ingleses han sentido y continúan sintiendo con una agudeza cada vez mayor, que hoy el Imperio es un recuerdo. El problema de la inmigración de los trabajadores extranjeros es, sobre todo, el de la gente de color. Powell se hizo portavoz de esta preocupación. Inmediatamente fue acusado

de racismo (aunque su posición no puede confundirse de ningún modo con la de los grupos declarada y abiertamente racistas, que no sólo actúan en lo interno del partido conservador). Powell fue escarnecido, insultado y amenazado. Pero al mismo tiempo recibió decenas de millares de adhesiones y alientos, incluso desde los sectores más populares, los cuales eran más sensibles al problema de la convivencia con los inmigrados de color.

Adaptándose a la necesidad, Powell se encontró capitaneando un movimiento de opinión, que muy pronto se identificó con la derecha conservadora. Se trataba de una corriente con previos propósitos ideológicos bien precisos, no de una manifestación de extremismo. Lo demuestra el hecho de que en el reciente Congreso nacional del partido conservador ha aparecido que Powell fuese el único capaz de disputar a Heath para su confirmación en el «leadership» del partido, y, por tanto, a la cabeza de aquel «Gabinete sombra» que es la antecámara del poder en caso de victoria sobre el adversario.

Naturalmente, los problemas de los conservadores no son solamente éstos. La cosa de mayor preocupación es que ellos no han logrado lanzar una plataforma de un programa que esté capacitado para captar la adhesión de los ingleses descontentos de la política laborista. «Nada nuevo bajo el sol conservador». Con esta frase, un exponente de primer plano de aquel partido ha comentado recientemente la evidente mediocridad de la tesis que el movimiento conservador continúa proponiendo a los electores.

Si las circunscripciones electorales laboristas caen unas después de otras, para ceder el escaño al candidato conservador, no es ciertamente por el mérito de los programas que el partido conservador puede proponer, sino exclusivamente por culpa de los evidentes errores de los laboristas.

¿Llegaremos hasta el punto de que, dentro de este año, los ingleses irán a las urnas para sustituir a un Gobierno culpable de errores e ingenuidad, por otro caracterizado de la más envilecedora mediocridad? Parece propiamente que sí. En todo caso, es previsible una afirmación de espacio estrecho para los conservadores. Esto les constreñiría, o a un entendimiento con los liberales (hecho único en la Historia inglesa después de la guerra) o a una continua y afanosa defensa en la confrontación con los laboristas, análoga a la que estos últimos están hoy obligados a realizar frente a los conservadores.

*Los otros partidos.*

Entre los grupos «menores», ciertamente el de mayor relieve es el liberal. Hace sólo pocos años salió de una crisis que le había reducido en condiciones desastrosas. Parece haber encontrado en un radicalismo moderado la fórmula ideal para imponerse gradualmente a la atención de los electores, como «tercer partido» aún no capacitado para ofrecer una alternativa políticamente válida, pero ciertamente en condiciones de disputar votos y puestos a los dos grupos mayores. Es lo que el partido liberal hace puntualmente, sustrayendo sufragios y mandatos parlamentarios, tanto a conservadores como a laboristas, pero con preferencia a estos últimos.

El sistema electoral inglés refrena e impide a los grupos menores poder aprovechar los votos obtenidos. Con un criterio diferente de reparto, los liberales tendrían hoy en la Cámara de los Comunes (*House of Commons*) un número ciertamente triple de puestos, y estarían en condiciones de imponerse como elemento de equilibrio entre conservadores y laboristas. En vez de esto, los liberales deben contentarse con los puestos conquistados en las circunscripciones tradicionalmente fieles y de mayoría liberal (que en verdad no son muchas). En cambio, los sufragios, a veces elevadísimos, obtenidos en los otros colegios, quedan inutilizados sobre el plano nacional.

El partido liberal inglés se ha ido corriendo gradualmente hacia posiciones «socialdemócratas». Haciéndolo así ha conseguido atraerse el asentimiento de aquellos electores laboristas que han quedado desfavorablemente impresionados por el extremismo de ciertas posiciones del partido de mayoría, y que ven con buenos ojos a un partido que se presente como una alternativa y un estímulo ante las ahora fosilizadas estructuras laboristas.

Gracias a cierta posición equidistante, los liberales han llegado a tener más de tres millones de votos. Pero en las últimas elecciones «supletorias», parece que el fenómeno de expansión ha pasado; me inclino a creer que el partido liberal esté en una fase declinante, o por lo menos ya no está en disposición de poder disputar a los laboristas los sufragios de los descontentos. Probablemente también influirán sobre los liberales las abstenciones; mientras que no ha de descartarse la consideración de que los ingleses han juzgado imposible una afirmación total de los liberales; decidiendo, por tanto, no malgastar y desperdiciar su sufragio. El grado en que el partido haya experimentado el desgaste de la oposición permanente, lo dirán las próximas

elecciones generales, que de cualquier modo se presentarán bastante delicadas y difíciles.

Por el contrario, el fenómeno de autonomismo comienza a asumir proporciones de preocupación. Ha de hacerse, desde luego, una distinción entre «separatismo» propio y verdadero, y «autonomismo». A la primera esfera pertenece el partido nacionalista del Ulster (*Irish Nationalist Party*), que evidencia su actividad pública a través de la participación en las elecciones, y de la otra actividad secreta a través de atentados, sabotajes y guerrillas de las varias formaciones de «partisanos».

El I. N. P. es un fenómeno estrictamente en conexión con las bien conocidas situaciones ambientales del Ulster, cuya manifestación más violenta se ha tenido recientemente con los encuentros entre católicos y protestantes. El I. N. P. quiere sencillamente la anexión del Ulster al Eire (República de Irlanda). A esta población se opone la población de religión protestante, y se oponen también algunas capas sociales tradicionalmente ligadas al Gobierno de Londres.

La participación del I. N. P. en las contiendas electorales se ha desarrollado con éxito alternativo. En el pasado logró enviar a la Cámara de los Comunes incluso algún representante (siendo singular la elección, varias veces repetidas, a despecho de todo de un terrorista que estaba en la cárcel por actividades guerrilleras). Pero recientemente parece que ha preferido desenvolver más las acciones de sabotaje, despreocupándose de su éxito electoral.

Completamente diversa es la posición de los otros movimientos nacionalistas; es decir, el galés (*Welsh Nationalist Party*) y el escocés (*Scottish Nationalist Party*). En sus programas se encuentran elementos históricos, folklóricos, situaciones locales, etc. En ningún caso, sea como sea, su acción puede ser definida como «separatista». Todo lo más es autonomista.

En el pasado, los nacionalistas galeses y escoceses representaban más un elemento de curiosidad que una efectiva fuerza política. Pero recientemente el deshacerse de ciertas alas electorales, ligadas a los dos partidos mayores, han provocado una imprevista dilatación de su área de influencia. Sobre todo, los escoceses comienzan a preocupar a los laboristas y los conservadores (mucho más a los primeros, puesto que Escocia vota preponderantemente por ellos). Desde ahora los candidatos del S. N. P. compiten con armas parecidas con los de los otros partidos. Tanto, que el año pasado lograron enviar a los Comunes, por primera vez, a un representante suyo.



Si los nacionalistas tienen escasa consistencia política, pero algún relieve sobre el plano electoral, los comunistas están completamente aislados y privados de cualquier engranaje. Rechazados constantemente por el partido laborista, al cual han tratado de aproximarse varias veces en el pasado, han terminado por perder hasta el control de los sindicatos más extremistas. Mientras en el plano electoral se han reducido (incluso para no perder la fianza que cada candidato debe depositar) a presentar alguna candidatura de prestigio solamente en los colegios donde pueden esperar alcanzar algún tanto por ciento que les permita no perder el depósito.

De todos modos, desde hace cerca de veinte años, el partido comunista inglés (*Comunist Party*) no consigue enviar a la Cámara de los Comunes ningún representante. A esto se añade la natural desconfianza de la opinión pública hacia un partido tan lejano del modo de pensar inglés; y así se verá por qué los comunistas no gozan de ninguna influencia política. Hay que subrayar también que la discordia entre Moscú y Pekín ha influido de un modo determinante sobre lo compacto del partido, que ha experimentado diversas secesiones filo-maoistas.

En el mismo plano está la extrema derecha, que en Inglaterra es representada por los fascistas de Mosley (*Union Movement*) y por otros fragmentos romántico-totalitarios. La derecha inglesa está recogida en el partido conservador, que representa los intereses tradicionales de este sector. La derecha moderada, naturalmente. En cuanto a consistencia, la extrema derecha está más o menos en la misma posición que los comunistas.

La dificultad de alcanzar el éxito, en las circunscripciones electorales singulares, influye de manera negativa sobre las tentativas de organizar otras fuerzas políticas. Incluso los opositores están de acuerdo en que conviene combatir en el ambiente del partido laborista o del conservador, en vez de buscar fuera otras afirmaciones imposibles. La ley electoral impide recuperar los votos obtenidos a nivel nacional. La rígida aplicación del principio uninominal hace que los puestos en litigio sólo se disputen entre los grupos de mayoría. Con algunas excepciones locales para los liberales y los movimientos nacionalistas.

Por todas estas razones, la consulta electoral de 1970 se presenta densa de incertidumbre. Motivos «técnicos» (la rígida ley electoral) y motivos políticos impiden formular un pronóstico seguro. Según previsiones inmediatas, los conservadores deberían arrebatarse la mayoría a los laboristas con un

FRANCESCO LEONI

margen probablemente muy reducido. Pero faltan varios meses para las elecciones.

Si la consulta se hubiese desenvuelto tiempo atrás, ciertamente la victoria conservadora habría sido aplastante, y la victoria laborista, desastrosa. Ahora continúa la hemorragia de votos laboristas, pero en medida más reducida; mientras el partido conservador ha demostrado poder avanzar sólo aprovechando las desgracias del adversario, y no ciertamente, los propios méritos. Probablemente en un futuro próximo, la situación llegará a ser más equilibrada. En sustancia, se llegará a las elecciones en un clima de extrema incertidumbre.

FRANCESCO LEONI.

Traducción de RODOLFO GIL BENUMEYA